

Octavio Paz:

Las palabras y los días

Fabienne Bradu

A once años de la muerte del poeta, la obra de Octavio Paz sigue marcando mucho de lo mejor y más profundo de la literatura mexicana. En los textos que siguen, Guadalupe Alonso rescata una crónica entrañable de la última aparición pública del Premio Nobel mexicano y Fabienne Bradu, por su parte, comenta la reciente edición de la antología Las palabras y los días, compilada por Ricardo Cayuela Gally, que incluye poemas y ensayos, editada recientemente por CONACULTA y el FCE.

En una entrevista conducida por Guillermo Sheridan en el último jardín del poeta, Octavio Paz reflexionaba acerca de sus *Obras Completas*,¹ recién estrenadas por el Fondo de Cultura Económica:

Hablo de obras completas con escepticismo: “ahí les envíe este cargamento de libracos, a ver cuál de ellos naufraga y cuál sobrevive”. (...) Es una apuesta con nuestro interlocutor natural, ese personaje invisible con el que hablamos todos los días: el tiempo. Nuestro interlocutor es el tiempo y cada línea que escribimos es una línea con, sobre, contra, hacia, por el tiempo.

Y cuestionado por su interlocutor de esa precisa y preciosa mañana del 20 de agosto de 1997 acerca de la antología sonora *Travesías* que salía simultáneamente

con el primer tomo de las *Obras Completas*, Octavio Paz puntualizaba:

La propuesta de mis editores españoles de realizar un álbum con tres discos compactos me dio la posibilidad de reunir en tres horas de palabras, de sonidos, de armonías y desarmonías, lo que más me interesa de mi obra. No lo mejor (yo no sé qué es lo mejor y no creo que un poeta pueda ser juez de lo que escribe), pero sí lo que me interesa en este momento, porque mañana puedo cambiar de opinión.

Si recordamos estas palabras próximas a un testamento poético, podemos imaginar la curiosidad que le hubiera despertado a Octavio Paz esta (hasta donde sé) primera antología mexicana de su obra que escapa de su sanción, preparada por Ricardo Cayuela y publicada por CONACULTA y el FCE. Y quizás hasta le hubiera sorprendido su demora debida, calculo, al temor de tasear los “intimidantes mausoleos de papel”, como

¹ Octavio Paz, *Las palabras y los días, una antología introductoria*, prólogo y selección de Ricardo Cayuela Gally, CONACULTA / FCE, México, 2008, 317 pp.

califica Ricardo Cayuela los quince tomos de las *Obras Completas*. Es notable que tuvieron que pasar más de diez años desde la muerte del poeta, es decir, prácticamente una generación de lectores y de críticos, antes de que alguien arriesgara una apretada selección de la obra poética y en prosa de Octavio Paz.

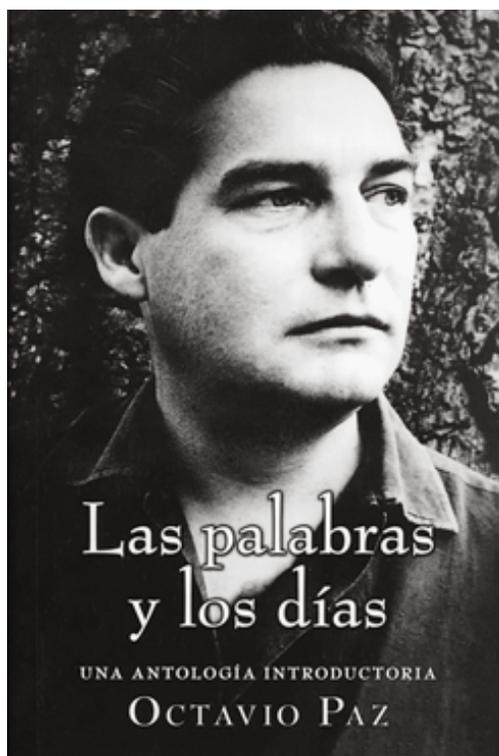
En rigor, más que de *una*, debería hablarse de las *varias* antologías contenidas en *Las palabras y los días*. En primer lugar, está la que aparentemente se ve y se lee, y me parece bien razonada o razonable; es decir, la que ofrece un recorrido pertinente por la obra del poeta. En el apartado de la prosa, Ricardo Cayuela propone dos vías de acceso: una cronológica que recoge los tiempos culturales de México, desde el pasado precolombino hasta la Colonia y el siglo xx, y otra, de inmersión profunda hacia la poética de Paz. Para la poesía, Ricardo Cayuela confiesa que la tarea, “más que un encargo, un regalo”, le procuró el placer de una relectura íntegra de la obra y advierte: “No voy a justificar mis selecciones: son una combinación de capricho y de gusto personal”. ¿Cómo podríamos reprocharle la arbitrariedad que el mismo Paz confesaba al señalar que toda selección, incluso aquella hecha por el autor, es provisional y susceptible de mudanzas según el humor del día? Por eso, las antologías se multiplican y se suceden a modo de apuestas en la ruleta del gusto.

Quizá para atemperar su tiranía, Ricardo Cayuela, en una actitud levemente sofista, propone una segun-

da antología a través de la enumeración de lo descartado. “De contar con más espacio, habría incluido...” es el *leitmotiv* del breve prólogo que propone una segunda antología que es complemento la que quedó. Los argumentos se formulan así: “lo lógico hubiera sido seguir con...”, “dudé mucho entre este ensayo y el titulado...”, “elegí no obstante, en lugar de...” o “lo excluí por razones de espacio”. Curación en salud o recomendación genuina, lo cierto es que Ricardo Cayuela traiciona así las dudas que cualquiera tendría a la hora de fraccionar el edificio que Paz se atareó en levantar. Pero, la discusión que se establece con un antólogo es la que hace aparecer antologías alternativas después de que éste tire la primera piedra. Por supuesto, el juego de quitar y poner está reservado a aquellos que conocen la integridad de una obra y no a los verdaderos destinatarios de una antología: aquellos que no quieren, no pueden o no se atreven a agotar la hilera de un estante de biblioteca. Lo paradójico es que casi nunca se expresa la opinión del lector natural de una antología sino exclusivamente los regateos de los que no la necesitan.

Ricardo Cayuela tiene clara conciencia de que los jóvenes no son el único público que la antología pretende alcanzar y con mucha razón subraya que “en México la juventud literaria dura hasta la senectud”. Por lo tanto, el subtítulo que acompaña *Las palabras y los días* y aparece en el frontispicio del libro: “Antología introductoria”, se antoja una tautología, por no decir un pleonasma. Una antología es, por definición, un instrumento para introducir a nuevos lectores en la obra de un autor poco o nada frecuentado. Asimismo, el éxito o las bondades de una antología residen en el apetito que despierta en el público, en las ganas de prolongar los descubrimientos y el aprendizaje. La vocación de una antología está en el futuro que sucede a su existencia, efímera y transitoria por antonomasia. No tiene otro cometido que facilitar la primera pisada de un paseo fuera de su reino. Por lo demás, la connotación del adjetivo pleonástico daría a creer que, en la obra de Octavio Paz, hay textos o poemas más “fáciles” que otros cuando todos son “fáciles” y “difíciles” a un mismo tiempo. Es olvidar lo que se ha repetido hasta la saciedad: una de las características primordiales del ensayista Paz es su claridad y la transparencia de su estilo para exponer las complejidades de la creación. Bajo su pluma, todo parece iluminarse y se le concede así al lector la ilusión de una inteligencia que va floreciendo a medida que progresa en la lectura.

Son muchas las reflexiones inspiradas por la lectura de *Las palabras y los días* pero, parodiando a Ricardo Cayuela, diría que no hay aquí espacio suficiente para enumerarlas todas. Así que intentaré una breve antología de comentarios. En los textos en prosa, se me ha afianzado una sospecha que no soy la única en sentir ni



en formular: al hablar de los demás, Octavio Paz habla de sí mismo en una proporción quizá mayor de lo que se percibe en la inmediatez de una primera lectura. Un entreverado autorretrato se delinea en las líneas visibles del rostro espiritual o intelectual de los personajes de la obra ensayística. La observación se ha hecho a propósito de sor Juana, en quien no es insensato reconocer un trasunto del poeta del siglo XX. El fenómeno se repite con Tamayo: cuando Paz observa que su pintura no es cubista, sino “una de las consecuencias de ese movimiento, uno de los caminos que podía tomar la pintura después del cubismo”, sugiere la naturaleza de su propia relación poética con el surrealismo. Estos trazos subrepticios son los esbozos del temple profundo de Paz, a los cuales un futuro biógrafo del poeta tendrá que estar atento.

Además, se me antoja atinada la decisión de Ricardo Cayuela de retomar los textos antes de su fusión en las *Obras completas*: es útil conocer la fecha y el lugar de nacimiento de cada ensayo. Así, siempre a propósito de Tamayo, uno puede imaginar que el abigarrado caos y las curvas coloridas de la India formaron el telón de fondo sobre el cual se recortaban, ante los ojos de Paz, las fuerzas magnéticas de las líneas y los volúmenes del oaxaqueño. Es difícil no asombrarse ante la fecha del ensayo sobre Luis Buñuel: 1951, y advertir que más de medio siglo ha pasado desde el escándalo del estreno de *Los olvidados* en el Festival de Cannes, porque la película todavía conmueve y admira a los espectadores como si hubiese sido realizada el año pasado. “La vida y la muerte de unos niños entregados a su propia fatalidad, entre los cuatro muros del abandono”, escribe Octavio Paz para sugerir que el abandono nunca pertenece al pasado.

Pese a la tiranía del espacio, quisiera citar aquí una brevísima pero espléndida antología del denuesto, disimulada en el célebre ensayo: “Poesía de soledad y poesía de comunión”. Octavio Paz afirma que es imposible enumerar a todos los enemigos de la poesía, pero escoge desenmascarar a éstos:

A los que se fingen niños y lloriquean porque la tierra es redonda; a los fúnebres y resecos enterradores de la alegría; a los juguetones, novilleros, cirqueros y equilibristas; a los jorobados de la pedantería; a los virtuosos de la palabra, pianolas del verso, y a los organilleros de la



moral; a los místicos onanistas; a los neocatólicos que saquean los armarios de los curas para ataviar a sus desnudas estrofas con cíngulos y estolas; a los papagayos y culebras nacionalistas, que cantando y silbando expolían la triste Revolución mexicana; a los vates de ministerio y a los de falansterio; a los hampones que se creen revolucionarios sólo porque gritan y se emborrachan; a los profetas de fuegos de artificio y a los prestidigitadores que juegan al cubilete, con dados marcados, en un mundo de cuatro dimensiones; a los golosos panaderos, pasteleros y reposteros; a los perros de la poesía, con alma de repóster; a los pseudosalvajes de parque zoológico, olorosos a guanábana y mango, panamericanos e intercontinentales; a los búhos y buitres solitarios; a los contrabandistas de la Hispanidad...

Los puntos suspensivos pueden leerse como una invitación de Octavio Paz a completar el catálogo de enemigos de la poesía que, sin duda, son más que los anotados por el poeta.

Es notable que tuvieron que pasar más de diez años desde la muerte de Paz antes de que alguien arriesgara una apretada selección de su obra poética.